

¿GALICIA POR GUILLERMO EL CONQUISTADOR?

POR

ELOY BENITO RUANO

Entre el trabajo titulado «Manuscritos canarios del Museo Británico» publicado en el ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS, vol. I (1955), pp. 549-575, y el presente del vol. L, medio siglo se extiende. Menos tiempo que el que une (1950-2004) la relación entre el maestro (D. Antonio Rumeu de Armas) y el colaborador firmante de estas líneas. Ejemplo de vinculación, de comunicación, de amistad abiertos, sin cifra final. Y por parte del segundo, de admiración, de fidelidad, de homenaje.

Mucho se ha navegado en este ANUARIO por el Atlántico Sur. Hagámoslo ahora, aunque brevemente, por el Atlántico Norte.

El poeta-cronista Robert Wace, autor de un rimado *Roman de Rou* (circa 1160-1174) consigna cómo el duque normando Guillermo, aprestándose al encuentro conquistador de Hastings (1066)

«sun boen cheval fist demander,
ne poeit l'en meillor trover,
d'Espaigne li out enveié
un reis par mult grant amistié...

Galtier Guiffart l'out amené
ki a Saint-James aveit esté»¹.

Sobre el conocido aprecio de los caballos peninsulares en la Europa de los siglos medievales pueden verse testimonios y referencias en nuestro trabajo «El asturcón, caballo literario», publicado en *Estudia in honorem Prof. Martín de Riquer*, III, Cuaderns Crema, Barcelona (1988), pp. 543-559.

El también cronista Guillermo de Poitiers (*circa* 1020-1090) consignó en sus *Gesta Guillelmi, Ducis Normannorum et Regis Angliae* que

«de Vasconia et Arvernia potentes ei transmittabant vel adducebant equos, qui nominibus propriis vulgo sunt nobilitati. Item Reges Hispaniae hiis donis inter alia ejus amicitiam captabant»².

Entre tantas amistosas relaciones pudieron manifestarse otras de más trascendente calado político y hasta familiar (o de inversa precedencia).

La propia *Historia Compostelana*, refiriéndose al Obispo Diego Peláez afirmó que

«Unos enemigos suyos, movidos de envidia, acusáronle de que trataba de arrebatar al Rey de los españoles el reino de Galicia, para entregarlo al rey de los ingleses y normandos».

«Esto se divulgó por todas partes» —añade el texto—; pero si fuera verdad o no, tampoco es este momento ocasión de tratarlo. Si bien, prosigue, el Rey Alfonso (VI), *de facto* expulsó de su iglesia de Santiago a don Diego tratándole de traidor y manteniéndole preso y aherrojado durante largos años.

Y aunque reconociendo por su parte el cronista la nobleza y generosidad del prelado, estimó que

¹ F. R. CORDERO CARRETE, «Galtier Guiffart, peregrino a Compostela en el siglo XI», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, fasc. III (1945), pp. 327-330.

² *Ob. cit.*, edit. RAYMONDE FOREVILLE, París, 1952, p. 26.

«tanto se mezcló en los asuntos laicos que no correspondió como debía a la norma de su condición eclesiástica»³.

Es precisamente la complicidad del Obispo con el inquieto conde gallego Rodrigo Ovéquiz, alzado en su castillo de San Esteban de Ortigueira contra su común monarca, cuando el rey castellano-leonés hubo de enfrentarse, tras el sangriento fracaso de Zalaca (1087) a la oleada almorávide, viéndose obligado hasta a amenazar a los reinos cristianos europeos de dejar paso franco a los infieles, ante la imposibilidad de contenerlos por sí mismo. Y es también cuando se atribuye a la pareja rebelde su ofrecimiento al soberano británico nada menos que de la Corona de Galicia, sustrayéndola de la obediencia alfonsina.

En todo caso, si es que así se produjo, el monarca inglés falleció precisamente en aquel mismo año, por lo que el prelado compostelano, vecino junto con su cómplice, se vio obligado, conducido por su Rey, a comparecer ante el Concilio de Husillos (Palencia) para hacer entrega de su báculo y anillo episcopales ante el legado pontificio, Cardenal Ricardo de Marsella⁴. Desterrado hasta su muerte en Aragón en 1104, obtuvo de los Papas Urbano II y Pascual II cierta protección que le permitió subsistir dignamente⁵. Su sucesor en el episcopado fue, tras un efímero ejercicio de éste por el abad de Cardeña, el famoso don Diego Gelmírez.

El conde Ovéquiz fue también privado de sus predios y castillos, viéndose obligado a ratificar, vencido, la adjudicación que de ellos hiciera el Rey victorioso a la catedral de Lugo.

* * *

Inserta en el desarrollo de todos estos acontecimientos se halla la cuestión del hipotético matrimonio proyectado entre «un

³ *Historia Compostelana*, ed. F. R. SUÁREZ, Santiago, 1950, pp. 29-37 y 242.

⁴ Cf. el tratamiento de este proceso por R. MENÉNDEZ PIDAL en *La España del Cid*, ed. Madrid, 1947, pp. 346-348.

⁵ Cf. A. ANTONIO UBIETO ARTETA, «El destierro del Obispo compostelano Diego Peláez en Aragón», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, VI (1951), pp. 43 y ss.

soberano» del reino de Galicia y «una princesa» hija de Guillermo *el Conquistador*.

Un análisis ejemplar que podemos considerar exhaustivo sobre el tema es el realizado al efecto por el investigador don Felipe Ramón Cordero Carrete: «De los esponsales de *una hija de Guillermo el Conquistador con un Rey de Galicia*»⁶. Análisis practicado sobre las pertinentes fuentes, narrativas, documentales e incluso literarias, y conducente a una conclusión, aunque perfecta, incierta —vale decir, insegura—.

Hasta la de siete puede alcanzarse la cifra de nombres de hijas hipotéticas de Guillermo y Matilde, primeros monarcas normandos de Inglaterra. Si bien los nombres de algunas de ellas pueden resultar equívocos entre sí: Adela y Adelaida; Ágata y Águeda; e incluso Alberta.

En cuanto al aludido «Rey de Galicia», hijo de Fernando I de Castilla, podría tratarse, según los indicios, bien del primogénito Sancho; de Alfonso VI (confundido en una ocasión como Amfurcio); o de García. Este último más acorde con el título enunciado, pero no con los datos más afines a su probabilidad, siempre basada en alusiones o menciones inseguras, tanto anglo-normandas como galaicas.

Una de dichas princesas, Adelaida, parece que murió soltera, al haber fallecido su prometido el príncipe Haroldo antes de realizarse el matrimonio: «*nulli nupta, virgo jam nubilis obiit*». Mientras que una segunda, Águeda, viuda o prometida quizá del mismo noble Haroldo, se resistió radicalmente a matrimoniar con el Rey hispano, ya fuese por rechazar individualmente a éste —citado como *Hibero*—, ya por negarse en absoluto a abandonar su tierra britana para cambiarla por la española: es decir, que

«Adefonso Gallicae regi per nuntius jurata, virgineam mortem impetravit a Deo»,

o bien

«Omnipotenti ergo effundit precem lacrymosam, ne duceret ipsa in Hispaniam, sed ipse potius susciperet eam».

⁶ *Cuadernos de Estudios Gallegos*, fasc. VII (1952), pp. 55-78.

«Si los desposorios no pasaron de tratos —concluye el autor que últimamente venimos siguiendo—... cualquiera de las hijas mayores de Guillermo pudo ser la prometida». Pero no es posible deducir una resolución del problema de las fuentes hasta ahora conocidas, ni es fácil encontrar otras si es que existen, hasta ahora ocultas⁷.

En cuanto al sentido del supuesto proyecto planteado con la reiterada opción matrimonial, cabe aceptar la búsqueda por parte de la nobleza y de la alta Iglesia gallegas de apoyo a sus fines más o menos secesionistas respecto de la Corona castellano-leonesa.

Y por parte del *Conquistador* («el más poderoso señor de la Europa de Occidente» en el momento), suponer el ambicioso deseo de incrementar sus dominios, inscribiendo en el *Domesday Book* la peninsular perla galaica.

Lo que hubiera acrecentado el casi total perfil atlántico de los dominios del Conquistador.

⁷ CORDERO CARRETE, «De los esponsales...», pp. 74 y 78.